

***Un capítulo más de la historia de Chile. A propósito de la polémica del libro de Ranquil-Lucy Lortsch y las querellas historiográficas previas al Golpe de Estado de 1973***

*One more chapter in the history of Chile.* Regarding the controversy of the book by Ranquil-Lucy Lortsch and the historiographical disputes previous to the 1973 coup

**Mario GONZÁLEZ INOSTROZA<sup>1</sup>**

Universidad de Valparaíso, Chile

mario.gonzalez@uv.cl

**Resumen**

El siguiente artículo aborda la polémica que generó la publicación del libro *Capítulos de la historia de Chile*, de Ranquil, seudónimo de Lucy Lortsch, en los meses previos al golpe de Estado de 1973. Este libro de divulgación intentó desmontar una serie de mitos que la historiografía tradicional había elaborado a través de los años, proponiendo, a cambio, una visión alternativa del devenir nacional para ser leída por los sectores populares. Frente al libro, se levantó un bloque social bien organizado que enjuició el contenido, a la autora y a la editorial, como ejecutores de una afrenta a la historia patria. La polémica, al final de cuentas, terminó por involucrar a un grupo variopinto de actores, entre estos, a un segmento de historiadores profesionales, a favor y en contra. Así, se busca dar cuenta de otro tipo de lucha que se dio en aquellos tiempos, como la cultural e historiográfica.

**Palabras clave:** *Capítulos de la historia de Chile*; Ranquil-seudónimo; Lucy Lortsch; Quimantú; polémica; historiadores.

---

<sup>1</sup> Becario ANID Doctorado Nacional 2023.

Mario GONZÁLEZ INOSTROZA

*Un capítulo más de la historia de Chile. A propósito de la polémica del libro de Ranquil-Lucy Lortsch y las querellas historiográficas previas al Golpe de Estado de 1973*

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, Nº8, julio-diciembre 2023, pp. 76-110.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2023.8.3861



## Abstract

The following article addresses the controversy generated by the publication of the book *Capítulos de la historia de Chile*, by Ranquil, the pseudonym of Lucy Lortsch, in the months prior to the 1973 coup. This popular book tried to dismantle a series of myths that traditional historiography had elaborated over the years, proposing, in exchange, an alternative vision of the national evolution to be read by the popular sectors. In front of the book, a well-organized social block arose that judged the content, the author and the publisher, as perpetrators of an affront to the country's history. The controversy, finally, ended up involving a diverse group of actors, including a segment of professional historians, for or against the book. Thus, it seeks to show another type of struggle that took place in those times, such as the cultural and historiographical.

**Keywords:** *Capítulos de la historia de Chile*; Ranquil-pseudonym; Lucy Lortsch; Quimantú; controversy; historians.

## 1. Introducción

En el *Programa de la Unidad Popular* se expresaba que las “profundas transformaciones que se emprenderán requieren de un pueblo socialmente consciente y solidario, educado para ejercer y defender su poder político...”, agregando que “la cultura nueva no se creará por decreto”, sino que surgirá de “la lucha por la fraternidad contra el individualismo...”.<sup>2</sup> Para esa lucha cultural por el poder se había nacionalizado la Editorial Zig-Zag, convertida en esos tiempos en la Empresa Editora Nacional Quimantú.<sup>3</sup> Esto demostraba que la disputa iniciada el 4 de noviembre de 1970, si bien contaba con antecedentes profundos, no solo se daría en el plano político

<sup>2</sup> *Programa de la Unidad Popular* (Milos, 2013: 229).

<sup>3</sup> Sobre Quimantú pueden consultarse los trabajos de Bergot (2004); Bravo (2013); Albornoz (2005). Para un plano más específico, Bascuñán (2020-2021); Anwandter (2020).

y económico, en la batalla por la democracia y la producción, sino que igualmente en la lucha por las representaciones e imaginarios sociales. Y ese enfrentamiento se dio hasta los últimos días del gobierno de Salvador Allende, cuando la disputa por el libro y su promoción también selló su suerte en ese fatídico 11 de septiembre (Rojas y Fernández, 2019).

De tal manera que, aunque por estos días se cumple medio siglo desde que un sector de la sociedad civil y de las fuerzas armadas derribaron el gobierno de la Unidad Popular, también es cierto que se consuman cincuenta años de toda una polémica generada por la edición y publicación de *Capítulos de la historia de Chile*, de Ranquil, una obra que intentaba representar la historia de un modo diferente al que había predominado hasta esos momentos, en especial, por parte de la historiografía tradicional.<sup>4</sup>

No es que previamente no se hayan realizado considerables esfuerzos. Los hubo, ejecutados por varios historiadores de las izquierdas y otros sin militancia política explícita. Pero por ser investigaciones profesionales, destinadas a un público más bien ilustrado, se distanciaron del libro de Ranquil. *Capítulos de la historia de Chile*, fue un pequeño compendio de divulgación que abarcó un arco temporal bastante extenso, ofreciendo una lectura muy singular de la historia nacional, patrocinado, además, por la empresa editora estatal, a la sazón, la más importante en lo que se refiere a la cadena del libro. Esta obra, al iniciar su circulación, de modo inmediato fue objeto de una áspera crítica por un sólido y organizado sector que, poseído de una suerte de autoridad moral, persiguió tanto al libro como a la autora. Fueron tres meses intensos: julio, agosto y una parte de septiembre lo que duró la polémica, siendo suspendida por la nueva situación política y militar que se apoderó del país, lo que por supuesto, no fue para nada favorable a Lucy Lortsch, nombre real de Ranquil.

A esta polémica se sumó la prensa capitalina y de provincia, de derecha y de izquierda, revistas varias, escritores, políticos, historiadores, por supuesto, estudiantes, militares, lectores con nombre y apellido, otros anónimos y con

---

<sup>4</sup> Por historiografía tradicional se entiende la historia política centrada en los trajines políticos de la clase alta, la diplomacia, las grandes batallas, los personajes considerados heroicos, que desatendió otras dimensiones humanas, siendo en su estilo fundamentalmente episódica y narrativa.

seudónimos, instituciones privadas, vale decir, todo el espectro de agentes por haber, en contra o favor; aunque más en contra que a favor, dado el gran control que los opositores del libro tenían de los medios de comunicación, de norte a sur y de este a oeste.

Acá se sostiene que la envidia de lo que se vivió por aquella época no era la simple oposición a un determinado libro y el contenido que buscaba divulgar, sino un rechazo a una práctica estatal que, se imaginaba, podía transformarse en sistemática si no se le ponía freno, esto es, que el gobierno difundiera, teniendo el control de la empresa editora, una visión alternativa de la historia. Los opositores involucrados sabían que la lucha también tenía un carácter cultural, lo que se fue expresando en los distintos medios de comunicación que controlaban con el objetivo de impedir que se fueran dando más pasos en esa dirección.<sup>5</sup> Así, Ranquil pasó a ser el chivo expiatorio de aquellas prácticas de persecución. El libro como fuerza de la historia, también se encontró con sus adversarios.<sup>6</sup>

Que un libro de esa naturaleza se publique hoy, es probable que no genere toda la atención que en esos tiempos provocó. Pero en aquellos días la cantidad de tinta que hizo correr fue a raudales, de tal manera que en el siguiente artículo se abordará la polémica tomando en cuenta las palabras de los involucrados que fueron difundidas por la prensa escrita, pues aquel debate se desplegó, en lo fundamental, por ese medio de expresión. Esto no significa que el periódico como medio se haya mantenido neutral, ofreciendo sus páginas desinteresadamente. La cadena de *El Mercurio*, por ejemplo, fue una clara y abierta opositora al libro. Tampoco olvidemos que en ese afán persecutorio el problema de la legitimidad del libro concitó discusión en el Congreso Nacional<sup>7</sup>, pero de las resoluciones o discrepancias que allí se producían, el lector las obtenía principalmente a través de la prensa, reorientadas por los editores, sin duda

---

<sup>5</sup> Este tipo de hostigamiento ya lo había vivido Julio César Jobet en 1952, quien, al publicar el *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, a través de la revista *Anales de la Universidad de Chile*, generó una polémica por varios meses. La oposición al libro, sobre todo, *El Diario Ilustrado*, acusó a esta institución y al rector de la época por difundir una obra antichilena.

<sup>6</sup> *Capítulos de la historia de Chile* es mencionado en el trabajo de Guerrero y Cárcamo (2013), pero con el objetivo de tratar la valoración que expresó Ranquil sobre la figura de Bernardo O'Higgins. Aunque se dan detalles de la polémica, no se profundiza en ella.

<sup>7</sup> Puede consultarse el Diario de sesiones del Senado, Legislatura 318, ordinaria. Sesión 56, miércoles 08 de agosto de 1973, pp. 2366-2370.

alguna. Esa es la razón fundamental para emplearla en función de nuestros objetivos.<sup>8</sup> Si por una razón hemos recurrido a un testimonio de la época, se debe a que el historiador Manuel Fernández Canque, quien redactó la introducción del libro, fue un agente directo en esa contienda, aportándonos algunos antecedentes desconocidos.

En términos metodológicos se analizará la prensa destacando cuatro ejes que predominaron: qué es lo que se dijo sobre la obra, sobre los autores, sobre la empresa editorial y cómo se involucraron los historiadores de oficio, haciendo una combinación entre lo sincrónico y lo diacrónico, pues todo lo anterior fue parte de querellas simultáneas. Solo para adelantar algo: por acá, se les exigía cuentas a Quimantú y a los editores, por allá, una sanción legal a la autora, y acullá, frenar la circulación inmediata del impreso. E incluso, no en pocas ocasiones, se demandaba todo eso a la vez.

No obstante, admitamos desde ya, que este no es un ejercicio sobre el comportamiento periodístico<sup>9</sup>, sino uno que busca aportar tanto a la historia del libro como a la historia de los historiadores. Respecto a lo primero, reconocemos la deuda con Robert Darnton (2010), quien ha propuesto un modelo de exégesis sobre el circuito de la comunicación. Por temas de espacio, nos es imposible tratar en profundidad toda la cadena por la que pasó el libro, centrándonos acá en algunos segmentos de esta, sobre todo desde el papel jugado por los editores y el sentido que le dieron los lectores al libro. Por expresar algo, la gran oposición al texto, independiente de los matices, menores, por lo demás, dan pie a que existía una comunidad de interpretación bien extendida, e incluso, geográficamente, dada la propia cadena de distribución. Así como el libro debía llegar a todos los rincones donde se encontraban los trabajadores, destino último del libro de Ranquil, del mismo modo llegó a sus opositores que provenían de otros sectores sociales. La gran diferencia, es que los últimos contaban con un gran espacio para poder hacer las

---

<sup>8</sup> Esto no significa que el lector haya estado al tanto de todo lo que decían los distintos medios sobre el libro, lo que no suponemos acá. Sin embargo, se reprodujo un discurso que tuvo cierta homogeneidad, debido al casi control monopólico que se tenía de estos medios de expresión, ayudando a configurar una imagen desfavorable a lo largo del país sobre la obra de Ranquil.

<sup>9</sup> Para ello, ver los estudios de la prensa en tiempos de la Unidad Popular en Dooner (1989); Santa Cruz (2015).

críticas en contra del libro.

Respecto a lo segundo, nos referimos a que la escritura de la historia, con todo lo que supone ese tipo de operación (De Certeau, 2006: 67-118), desde dónde se enuncia, quién enuncia hasta cómo y qué se enuncia, se halló en un plano de disputa superior, siendo aquella lucha no solo interés de la mera erudición sino de un ámbito considerado vital: entre la pérdida y la transformación de un determinado mundo. Para algunos, *Capítulos de la historia de Chile*, coronaba la traición a la continuidad histórica, favorable para la nacionalidad; para otros, suponía un signo de la superación de una continuidad que reproducía las relaciones de dominación. No cabe duda que en el modo de representar la historia y en los mecanismos propios para su difusión, se vieron formas que tendían a establecer nudos de poder, de ahí que en esas contiendas intelectuales en las que se involucraron los historiadores fueran también políticas, y, en consecuencia, luchas por el poder.

Por último, en cuatro partes se divide el cuerpo principal de este trabajo. En una primera, se da cuenta del inicio de la polémica. En la segunda, se analiza la polémica que involucró a la autora directamente y el seudónimo que empleó. En la tercera, se indaga en la disputa en torno a la editorial estatal y los editores. Y en la cuarta parte, se examina el involucramiento de los historiadores profesionales.

81

## **2. Capítulos de la historia de Chile, comienza la polémica**

El libro *Capítulos de la historia de Chile*, de Ranquil, seudónimo de Lucy Lortsch, fue impreso en marzo de 1973, con un tiraje de 10 mil ejemplares, según se consigna en el pie de imprenta del mismo libro. Era un texto pequeño de tan solo 130 páginas, que empezó a circular más o menos en junio de aquel año, siendo editado en la Colección Camino Abierto, Serie Nuestra Historia<sup>10</sup> y contando con una introducción

---

<sup>10</sup> Esta colección se presentaba de la siguiente forma: “tiene por finalidad entregar a nuestro pueblo obras de análisis y divulgación de los problemas socio-políticos más acuciantes, tanto de Chile como de cualquier otro país del mundo en donde se luche por la construcción de sociedades más humanas y justicieras.” Contó con varias series, entre estas, Nueva Historia, alcanzando algunos títulos como *El héroe ausente*, de Jorge Núñez Pinto; *Temas históricos chilenos*, de Julio César Jobet; *Diario de José Miguel Carrera*, de José Miguel Carrera; *La Comuna y el sitio de La Serena en 1851*, de Ruth Iturriaga Jiménez, entre otros. Ver <http://www.soldelsaber.cl/camino-abierto/> [Consulta: 30 de julio de 2022]

del joven investigador del Instituto de Historia de la Universidad Católica, Manuel Fernández Canque, que en aquel momento colaboraba *ad honorem* para Quimantú, teniendo a su cuidado la línea de historia de los manuscritos que ingresaban a la editorial.

Al ser un libro de divulgación, estaba destinado a un público masivo, muy distinto a uno culto y especializado, que era el que prefería la literatura de carácter académica. Era una obra que echaba la vista sobre la historia patria en términos lineales, para, en una apretada síntesis, ir desmontando, según las intenciones de la autora, uno tras otro los mitos que la historiografía tradicional había ido tejiendo en el curso de varias décadas. Con base en fuentes secundarias, Ranquil partía con la conquista “capitalista” española y llegaba hasta el gobierno de Eduardo Frei Montalva, dando cuenta de la continua “lucha de clases” que se desató desde ese primer fenómeno<sup>11</sup>, revelando el “verdadero” comportamiento de las figuras enaltecidas por la escritura histórica: sobre Valdivia, O’Higgins y Prat, por señalar a algunos. De tal manera que los héroes de antaño eran derribados como palitroques a la usanza de la pluma de Lortsch. Era, si se quiere, una historia invertida, donde el pueblo anónimo y silenciado, aparecía siendo el sujeto y el labrador de la historia.<sup>12</sup> No es que no hayan aparecido los prohombres de “la burguesía”, como un Carrera o Balmaceda, pero se les fijaba como modernizadores de una época en conflicto interclasista. La historia hacia el socialismo era una tarea del pueblo y de la Unidad Popular, a la que la autora había adherido.

Por lo que se podría desprender de la historia del propio libro, cabría señalar que en las reseñas que se hicieron en la época, se decía que el origen del texto había

---

<sup>11</sup> Para Lortsch (1973: 23-28) antes del arribo español se vivía en un “comunismo primitivo” donde no existía la lucha de clases, agregando que la conquista incásica, a diferencias de otras conquistas, fue de manera “pacífica”. Al pueblo Mapuche se le presentaba como “patriotas araucanos”, “defensores de su patria y libertad”. Decía así: “La interminable rebeldía de los araucanos no fue meramente una guerra nacional; forma parte de la lucha de clases en Chile. Los españoles, al introducir en Chile una sociedad dividida en clases, introdujeron a la vez la lucha de clases. La guerra secular entre españoles y mapuches, fue una fase importante de la lucha de clases, fue un prolongado enfrentamiento armado entre tribus que vivían bajo un régimen de explotación capitalista”.

<sup>12</sup> A propósito de ello, Lortsch (1973: 59), decía que la “historia tradicional nos enseña que Chile logró su independencia tras un par de batallas, pero se olvida que estas dos victorias fueron posibles gracias al esfuerzo organizado, a la imaginación, al poder de creación, al heroísmo de los campesinos, de los artesanos, de algunos empleados militares.”

sido “discutido con grupos de trabajadores, industriales y campesinos, antes de ser vaciado en letras de plomo,” surgiendo desde allí, el “convencimiento por parte de la autora de que los temas abordados son los que ejercen mayor atracción entre los obreros.” Vale decir, *Capítulos...* venía a responder, según se expresaba, a las inquietudes e intereses más cercanos de los trabajadores.

Por su parte, Manuel Fernández (1973: 7-12), con su introducción, aparecía dándole el fundamento teórico a la obra, por lo que fue, al igual que Lortsch, blanco de la crítica. Fernández sostenía que la dominación también se había dado a través de la cultura, manteniendo ignorante al pueblo, proveyéndole de una mitología con un sinnúmero de “dioses burgueses” que debía adorar, pero aprendiendo de esa historia que era una clase inferior. Esa era la “historia oficial”, de los grandes hombres y genealogías, la de los héroes y batallas, “era la historia de una clase que se ensalzaba a sí misma”, que ignoraba al pueblo. Fernández decía que ese tipo de escritura, era “parte del programa de dominación”, agregando que tal “como se reproducía a sí misma en la forma de producción existente en Chile, esa clase social utilizaba la ideología adecuada para mantener aquellas condiciones y hacía de la historia una categoría más que servía para el sojuzgamiento y la opresión del pueblo” (Fernández, 1973: 8).

Sin embargo, con *Capítulos de la historia de Chile*, no solo aparecía ese “pueblo sin historia”, olvidado, sino que su historia era desenterrada por un miembro de este pueblo. La “recuperación de la memoria del pueblo ya comienza [proseguía Fernández]. Es una parte del proceso de toma de conciencia y de la búsqueda del proletariado en pos de su autenticidad; es el quiebre del mito que se nos imponía” (9). Fernández reconocía que aquella tarea estaba en curso, citando los títulos más señeros de esa nueva historia, representada por Hernán Ramírez, Marcelo Segall, Julio César Jobet, Luis Vitale, entre otros, siendo parte de la “historia nueva, la verdadera historia de Chile”. Pero, afirmaba que desde ese momento el “pueblo quiere participar, discutir, corregir.” De modo que el libro de Ranquil, tenía por misión “presentar un valioso proyecto de discusión, hecho con gran respeto por la clase trabajadora y con un justificado desprecio por aquella historia oficial” (10).

El introductor apuntaba que quien “comience a leer estas páginas ofendido por

la irrespetuosidad hacia los valores y normas establecido, que cierre el libro y vuelva a su sarcófago.” Por el contrario, agregaba, quien “desde el punto de vista de los trabajadores descubra imperfecciones, que impulse una nueva reflexión más seria en la que –estamos seguros– [decía], el autor ha de participar igualmente” (10). Por último, afirmaba que representaba “un valioso esfuerzo que debe ser continuado y mejorado. Es un texto abierto a la crítica revolucionaria y dirigido a la clase trabajadora. Es una parte de este comienzo para una tarea que no es breve” (12).

En ningún caso, como se puede ver, Fernández supuso ni menos propuso que la historia estuviese cerrada y terminada con este libro, sino que hizo una invitación a discutir el devenir y la forma de representarla, pero incorporando a los ausentes de esta. Reconocía que había mucho de pendiente y que era la nueva tarea esclarecerlo, no solo proponiendo que se debía “estudiar profundamente los escritos clásicos revolucionarios”, sino que del mismo modo “investigar hasta el detalle en las fuentes de nuestra historia” (10). Decía que “la tarea de reconstituir una historia verdadera de Chile significa buscar nuevas fuentes dispersas, deterioradas o ignoradas”, distintas a las existentes (11). Era una combinación entre teoría e historia, entre concepto y hechos, y no una proposición antojadiza de hacer calzar los segundos en los primeros.

Otra sugerencia que propuso el autor fue la de pensar la historia en su totalidad, sin dejarse tentar por el “mecanicismo economista que se deja ver en algunos esfuerzos renovadores de nuestra historiografía”, todo lo cual debía ser comprendido en un espacio mucho más amplio que el que había concebido la historia “parroquial” y “provinciana” de la clase dominante. “Nuestra historia [decía Fernández] es un trozo de la historia del Tercer Mundo, es también un fragmento de la expansión del capitalismo e imperialismo y es igualmente el terreno que va madurando para el socialismo” (11). Por último, debía ser una historia que no dejara de lado el presente, lo contemporáneo.

El llamado de Fernández a la discusión no fue desoído, concitando la atención de todo el arco político, social y militar. Empezaba la polémica. La primera gran crítica fue que el libro constituía una gratuita diatriba contra la historia nacional, sus héroes y gestas, la vulgarización más extrema. Cosas como las siguientes fueron las habituales en la prensa de la época: “soez empresa de maltratar y falsificar la historia patria...

obra maligna”, decía La Dama Duende<sup>13</sup>; “Libro destinado a profanar la memoria de los próceres y de los héroes”, protestaban unos oficiales en retiro<sup>14</sup>; “grave tergiversación”, afirmaba el Senador Aguirre Dolan<sup>15</sup>; “Como una de las más grandes traiciones a la patria”, palabras de Jorge Inostroza<sup>16</sup>, etc., todo lo cual lo veremos a continuación, pero estableciendo la relación con la autora, los editores y el juicio de los historiadores.

### 3. Ranquil, una tragedia

Contamos con muy poca información de Lucy Lortsch. Se decía que era una profesora de primaria, actual educación básica. En un pequeño escrito de su autoría, titulado *Dos chilenas en La Habana*, en el que relató un viaje a Cuba en 1963, no menciona nada sobre sí, salvo su interés por los cambios sociales profundos. En él, manifestó una inquietud por dar a conocer lo que estaba sucediendo en Cuba, debido a que en Estados Unidos se expresaban consideraciones contrarias a la revolución. Así, apuntaba que durante su viaje había tomado algunas notas sin ningún propósito por darlas a conocer, hasta que “una mañana en Santiago al leer en ‘El Mercurio’ noticias de Cuba redactadas en Miami, resolví publicar mi testimonio”. Estas líneas que eran parte de un pequeño prólogo se acompañaron y finalizaron con esta afirmación: “No pertenezco a partido alguno, pero no puedo negar que estoy junto al pueblo. Esta posición no tiene nada de particular, es la de muchos seres humanos” (Lortsch, 1963: 7). Esas eran las palabras de Lortsch una década antes de que fuese hostigada por la publicación de *Capítulos de la historia de Chile*<sup>17</sup>, las que, en esos momentos,

<sup>13</sup> La Dama Duende, “La historia adulterada”, *La Prensa*, Santiago, 12 de julio de 1973, p. 3.

<sup>14</sup> *Las últimas noticias*, “Libro de Quimantú: Baldón para Chile. Afirman Oficiales (r)”, Santiago, 16 de julio de 1973, p. 31 y *La Prensa*, “Militares (R) condenan libro de Editora Estatal”, Santiago, 15 de julio de 1973, p. 8.

<sup>15</sup> *La Tercera de la hora*, “Interpretación de la historia de Chile provoca ácida polémica”, Santiago, 19 de julio de 1973, p. 12.

<sup>16</sup> *La Tercera de la hora*, “Interpretación de la historia de Chile provoca ácida polémica”, Santiago, 19 de julio de 1973, p. 12.

<sup>17</sup> A causa de la publicación de este libro, Lucy Lortsch fue detenida en el Estadio Nacional, sufriendo los apremios de la represión. Testimonios de mujeres que convivieron con ella en esas condiciones, relatan que era de origen francés, llegada a Chile desde muy pequeña junto a su padre que era ingeniero. Las presas políticas expresaron gran admiración por la calidad de persona que era Lortsch. Logró salir del país en noviembre de 1974. Ver Pequeño et. al., (2019: 29 y 73). Además, mucho antes de su

intentaban hablar del pueblo de Chile.

El uso de un seudónimo, por parte de Lortsch, se convirtió en otro elemento más de especulación y crítica. Justamente como denigraba la historia patria, decía uno de sus detractores a través de *La Prensa*, ocupaba el anonimato de seguro por el miedo “de revelar su nombre”.<sup>18</sup> Era en el fondo, aseveraba otro medio como *El Diario Austral*, un cobarde que al saber que “el ensayo era inadmisibile para el sentido común para los chilenos demócratas y patriotas”, debía ocultarse.<sup>19</sup> Como chilena o chileno, le cuestionaban que criticara la historia patria, como si esa condición le impidiese tener una mirada distinta del devenir histórico nacional. Por lo mismo, como no era normal que alguien en su sano fuero interno pudiese expresarse críticamente de la historia patria, se aducía, la acusaron de ser antichilena<sup>20</sup> o sencillamente extranjera, o como aseguraba respecto al libro el Senador Humberto Aguirre Dolan: como producto de una “historiografía revolucionaria de hombres desquiciados y sin patria”.<sup>21</sup> El mismo diario *La Prensa* reprodujo una carta de la Unión de Oficiales (R) de Defensa Nacional que protestó al Ministerio de Defensa de la época en la que se rotulaba que “el infame libro” no podía “ser obra de un chileno ni de una chilena, ni siquiera de un vendido o de un antipatria, pues contra Chile sólo puede escribir un extranjero de odios, sobornado por el sectarismo.”<sup>22</sup> Los militares en retiro dieron un paso más allá, en vista de que no solo tenían como objetivo denunciar cómo se vilipendiaba la imagen nacional, sino que también exigían que se iniciara una “acción judicial, sancionadora de tan enorme delito, penado como es en lo civil y en lo

86

---

detención, Lorstch se había destacado por sus grabados. Ya en 1945, se le podía ver exponiendo en el Salón Oficial del Museo Nacional de Bellas Artes (*La Nación*, Santiago, domingo 7 de enero de 1945, p. 22).

<sup>18</sup> La Dama Duende, “La historia adulterada”, *La Prensa*, Santiago, 12 de julio de 1973, p. 3. Curiosamente, el autor o la autora de esta crítica, La Dama Duende, también ocupó, como se puede ver, un seudónimo, a menos que ese haya sido su nombre, lo que no suponemos, desde luego.

<sup>19</sup> *El Diario Austral*, “Los excesos de Quimantú”, Temuco, 20 de agosto de 1973, p. 3.

<sup>20</sup> La Dama Duende, “La historia adulterada”, *La Prensa*, Santiago, 12 de julio de 1973, p. 3.

<sup>21</sup> *La Tercera de la hora*, “Interpretación de la historia de Chile provoca ácida polémica”, Santiago, 19 de julio de 1973, p. 12.

<sup>22</sup> *La Prensa*, “Militares (R) condenan libro de Editora Estatal”, Santiago, 15 de julio de 1973, p. 8. La carta que fue enviada al ministerio fue reproducida por varios medios de comunicación, entre estos, por ejemplo, *Las últimas noticias*, “Libro de Quimantú: Baldón para Chile. Afirman Oficiales (r)”, Santiago, 16 de julio de 1973, p. 31; *La Estrella de Valparaíso*, Valparaíso, 18 de julio de 1973.

militar”.<sup>23</sup>

Ese fue el tono que debió enfrentar la autora del libro que, por esas fechas, aún no se sabía con certeza quién era. Por la simple curiosidad o el afán acusatorio, el uso del seudónimo condujo a muchos a preguntarse por la autoría de la obra. Algunos recurrieron al propio editor de Quimantú, Joaquín Gutiérrez, para que revelara el nombre, quien aseguró que por ética de la editorial no se podía “dar a conocer la identidad del autor del polémico libro”. Sin embargo, decía que “era un escritor provinciano –que no se encuentra en Santiago- de izquierda y muy capaz”. No solo Gutiérrez no delató a la autora perseguida, sino que tampoco proporcionó su género, como se puede ver.<sup>24</sup>

Las acciones indagatorias, por supuesto, no pararon, interviniendo en ellas los propios uniformados, tal como aseguraba *El Diario Austral* de Temuco en un día de julio al sostener que el Servicio de Inteligencia Militar logró dar con el nombre del autor, en este caso, autora: “Lucy Lortsch Revelt, por cuyas venas no corre sangre chilena”.<sup>25</sup> Este diario dejaba ver no solo aquel añejo chovinismo, sino que ventilaba el tipo de operaciones que los militares estaban dispuestos a realizar, preanunciando, sin quererlo, suponemos, la furia que se desataría en los meses próximos. Por su parte, *El Mercurio*, un mes después de esta noticia, el sábado 25 de agosto, daba una versión más solemne respecto al método utilizado por los militares, pues, si bien reafirmaba que era Lucy Lortsch la autora, agregaba que aquella identificación había sido posible gracias a un requerimiento que la Oficina de Informaciones del Senado le pidió al Conservador de Derechos Intelectuales, dependiente de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.<sup>26</sup>

Nada de ello, estaba tan claro para el lector, cuando lo que se había hecho era dar dos nombres de la autora en ese lapso de tiempo. Por ejemplo, en un reportaje de

---

<sup>23</sup> *La Prensa*, “Militares (R) condenan libro de Editora Estatal”, Santiago, 15 de julio de 1973, p. 8. El Senador Aguirre Dolan, a la sazón, vicepresidente de la cámara, fue quien solicitó una comisión para investigar, lo que al parecer no prosperó por la oposición de los comunistas. Ver *La Tercera*, “Pc rechaza investigación de un libro de historia”, Santiago, 8 de agosto de 1973, p. 73.

<sup>24</sup> *La Tercera*, “Pc rechaza investigación de un libro de historia”, Santiago, 8 de agosto de 1973, p. 73.

<sup>25</sup> *El Diario Austral*, “¿Y sabe que más? Editorial Quimantú pagó ofensa a Chile”, Temuco, 22 de julio de 1973, p. 6.

<sup>26</sup> *El Mercurio*, “Identificada Autora de Difamación Histórica”, Santiago, 25 de agosto de 1973, p. 26.

*Ercilla*, del 25 de julio, es decir, un mes antes que el de *El Mercurio*, se había identificado que la autora era “una profesora primaria de provincia, llamada Ana Simpson”<sup>27</sup>, dejando entrever que era una mujer, pero distinto a lo que aseguraba *El Diario Austral* y *El Mercurio*, que aseveraban que era Lucy Lortsch.<sup>28</sup> E incluso el diario *Clarín*, en la versión del 5 de agosto, invitó a la autora para que se expresara en sus páginas, a la que presentó como Ana Simpson.<sup>29</sup> Por cierto, no todos estaban enterados, pues la polémica continuó y varios medios seguían preguntándose por la autoría real del libro, algunos siempre con el afán de llevarla a juicio, como ya hemos visto.<sup>30</sup> De seguro Lortsch, había empleado otro seudónimo para despistar aún más a esa “jauría” como le llamó uno de sus defensores.<sup>31</sup>

Lucy Lortsch hasta el final mantuvo un seudónimo para comunicarse con el lector. El domingo 12 de agosto en *La Nación*, salía a defenderse de modo directo, y en relación a lo del seudónimo, respondía específicamente a “algunos, jóvenes, estudiantes [de historia] de la Universidad Católica” que publicaron una carta en *El Mercurio* el 16 de julio, acusándola de ampararse “en el anonimato”.<sup>32</sup> Es muy probable que Ranquil haya querido dirigirse a ellos por la especial posición que ocupaban. Les decía, cerrando la aclaración y no sin un innegable sarcasmo ejemplificador, que ellos habían confundido el seudónimo con el anonimato:

<sup>27</sup> Carvallo, M., “La historia ahistórica”, *Ercilla*, N°1984, 1973, p. 34.

<sup>28</sup> Enrique Lafourcade, “Historia de Chile”, *Las últimas noticias*, Santiago, 2 de agosto de 1973, p. 5, por ejemplo, haciendo una parodia del libro, la identificaba como Ana Simpson.

<sup>29</sup> *Clarín*, “Escritora responde a críticos de ‘El perjurio’”, Santiago, 5 de agosto de 1973, p. 19.

<sup>30</sup> Si bien *El Diario Austral*, “Los excesos de Quimantú”, Temuco, 20 de agosto de 1973, p. 3, ya había señalado el 20 de agosto quién era la autora, seguía insistiendo que se debía identificar con urgencia quién se escondía detrás de Ranquil, para tomar las medidas necesarias y poner “al desnudo al responsable de esta gratuita falsificación histórica.”

<sup>31</sup> Ahora bien, no todas las críticas siguieron este tenor acusatorio contra la autora, pues en tantas de aquellas, se afirmaba que lo que más concernía, no era “el nombre, ni el sexo”, sino que importaba “lo que dicen estos ‘Capítulos’”, como afirmaba el periódico *La Cruz del Sur*, “Falsificación de la Historia de Chile”, Ancud, 17 de julio de 1973, p. 3, cuestión que, por su parte, compartía el historiador Javier González Echenique, miembro de número de la Academia Chilena de la Historia y profesor del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Santiago, quien a *Ercilla*, según expresó esta misma revista, decía que no le interesaba el verdadero nombre de la autora sino la obra misma. Ver Carvallo, M., “La historia ahistórica”, *Ercilla*, N°1984, 1973, p. 34.

<sup>32</sup> Infante, R. e I. Zegers, “Sobre una introducción a unos ‘Capítulos de la historia de Chile’”, *El Mercurio*, Santiago, 16 de julio de 1973, p. 18.

Ranquil es el nombre de un pueblo. Ese pueblo fue escenario de una masacre de campesinos, de sus mujeres y criaturas. Una de las incontables masacres que la burguesía ha ejecutado de tiempo en tiempo para aterrorizar a los insumisos. El nombre de Ranquil es un símbolo para la clase explotada. Y este nuevo libro de historia fue dictado por el pueblo, es el corazón de los trabajadores el que late en sus páginas. Los trabajadores se autodenominan y se firman como les parece, no como lo quisieran los patrocitos de ayer.<sup>33</sup>

#### 4. La Editora Nacional Quimantú, objeto de debate.

La polémica no solo alcanzó a la autora de *Capítulos de la historia de Chile*. En la lucha que había dado la Unidad Popular en sus cortos años, la nacionalización de algunas empresas estratégicas había sido eje fundamental del programa. Esto, por supuesto, no se había pensado y proyectado solo en términos de la producción económica, sino que también en el plano cultural. De tal manera que el control de la empresa editorial privada más grande del país fue una medida que se adoptó rápidamente, pasándose a llamar Empresa Editora Nacional Quimantú, la que finalmente promovió el libro de Ranquil. Como se ve, no era un agente privado el que decidía difundir una lectura alternativa de la historia nacional, bien resistida por un sector de la sociedad, sino una empresa estatal.<sup>34</sup> Ahora bien, no digamos que la publicación del libro fue criticada y enjuiciada solo por las clases dominantes y los militares, sino que también por el Partido Comunista, respondiendo a factores distintos respecto a los que esgrimieron los primeros.

Quienes estaban a favor de la circulación del libro vieron esa medida en coherencia con la nueva política editorial. Una revista como *Chile hoy* celebraba la acción de la editora, pues afirmaba que estaba haciendo “un magnífico aporte a la

---

<sup>33</sup> Ranquil, “Polémica en torno al libro de Quimantú”, *La Nación*, Santiago, 12 de agosto de 1973, p. 10. La masacre de Ranquil fue un episodio de violencia en la que el Estado chileno reprimió y asesinó a trabajadores de la zona de Lonquimay en 1934. Si bien el hecho repercutió en la prensa de la época, aquel suceso se mantuvo en el imaginario colectivo gracias a la pluma del escritor Reinaldo Lomboy, quien en 1941 publicó su libro *Ranquil. Novela de la tierra*.

<sup>34</sup> Salvador Allende, para que no se viera como una expropiación, prefirió nacionalizar la empresa pagando lo que correspondía a Zig-Zag.

cultura popular”<sup>35</sup>, lo que como hemos visto, no era compartido por todo el arco político y social. A decir verdad, fueron las críticas desfavorables las que predominaron en este momento de querrela por la interpretación de la historia. Las acusaciones contra la editorial provinieron de sectores conservadores, principalmente, puesto que una empresa del Estado se ponía al servicio de la denigración de la historia nacional, siendo ello una contrariedad para el país, puesto que propendía a fortalecer la lucha de clases y no la unidad nacional.

Los militares retirados, ya aludidos más arriba, en su carta decían que el libro fue publicado “con la increíble circunstancia de que ha sido una empresa estatal ‘Quimantú’ la impresora”<sup>36</sup> y La Dama Duende expresaba que el libro fue publicado por la editorial “del Estado, esto es ‘de todos los chilenos’”<sup>37</sup>, deduciéndose de ello, que agravaba la situación. *La Cruz del Sur* también enfatizaba en dicha cuestión, afirmando que, si bien producía dolorosa irritación “el burdo falsificar la Historia de Chile y la tradición militar del país”, más “dolorosa aún el pensar que se edita por el Estado, con dineros de todos los chilenos, y que se dirige a los trabajadores.”<sup>38</sup>

Ese fue el lugar común cuando se aludía al libro publicado por las prensas del Estado. Se deslegitimaba su proceder ya que ocupaba los recursos fiscales para falsificar y denostar la historia nacional. En esa lógica de persecución, *El Diario Austral* indicaba que la editorial había pagado una ofensa contra Chile directamente, en vista de que “la marxista editorial Quimantú hizo aparecer a esa autora [Lucy Lortsch] en su planilla de sueldos por haberle entregado un cheque por una subida cantidad de escudos”, agregando que más encima “le pagaron con plata de todos los chilenos el adefesio antipatriótico que entregó a esa mala editorial.” *El Diario Austral* proseguía y exclamaba: “¡Hasta dónde hemos llegado con la falta de criterio con que se lleva el ‘socialismo a la chilena para divorciarle del efecto de la nacionalidad!’”.<sup>39</sup>

Por su parte, *La Tercera de la hora* recurrió al Director de la División Editorial

<sup>35</sup> J.M.M., “La ‘otra’ historia de Chile”, *Chile Hoy*, Santiago, 29 de junio de 1973, p. 26.

<sup>36</sup> *La Prensa*, “Militares (R) condenan libro de Editora Estatal”, Santiago, 15 de julio de 1973, p. 8.

<sup>37</sup> La Dama Duende, “La historia adulterada”, *La Prensa*, Santiago, 12 de julio de 1973, p. 3.

<sup>38</sup> *La Cruz del Sur*, “Falsificación de la Historia de Chile”, Ancud, 17 de julio de 1973, p. 3.

<sup>39</sup> *El Diario Austral*, “¿Y sabe que más? Editorial Quimantú pagó ofensa a Chile”, Temuco, 22 de julio de 1973, p. 6.

de Quimantú, Joaquín Gutiérrez, militante comunista, para que expresara la decisión de editar el libro. Según las palabras que reprodujo aquel diario, Gutiérrez señalaba que no solo la historia había sido escrita por las clases dominantes, sino que en esas mismas historias se había “hecho desaparecer al pueblo chileno como actor principal, sustituyéndolo por figuras aisladas”. Por esa razón, “nosotros [decía] –la izquierda– estamos rectificando ese punto de vista. En este esfuerzo naturalmente se van a cometer errores, pero ese esfuerzo hay que hacerlo porque la historia hasta la fecha no es satisfactoria.”<sup>40</sup>

Para Gutiérrez, la historia era una materia viva, en consecuencia, digna de polémica e interpretación sucesiva, por lo que ponía ejemplos como el de Portales, maltratado por la historiografía liberal, pero que, sin embargo, había que rescatar su legado a los ojos del presente. Ese mismo maltrato se podría identificar, proseguía Gutiérrez, en la historiografía de derecha: “Si uno agarra a un historiador conservador como Jaime Eyzaguirre o como Francisco Antonio Encina, la izquierda tendría que señalarles páginas y páginas en que maltratan la Historia de Chile.” En todo caso, Gutiérrez se mostraba satisfecho, puesto que, de 250 libros ya publicados por la editorial, solo uno había causado aquel alboroto. Pero también recordaba que la empresa estatal había editado la *Historia del Ejército*, escrito por Sergio López Rubio, un teniente coronel en servicio activo, dando a entender que el tiraje de 20 mil ejemplares era mucho más que el de Ranquil, que tuvo solo 5 mil [sic].<sup>41</sup>

Esas fueron las primeras palabras que empezaron a circular sobre la decisión de publicar un libro como el de Ranquil. No obstante, en ese mismo reportaje, se afirmaba que Gutiérrez no estaba de acuerdo con algunos puntos de vista que se planteaban en el libro, pero que finalmente fue una decisión colectiva propia del pluralismo ideológico al interior de Quimantú. Él, en tanto editor, decía, no oficiaría como “tribunal inquisidor para hombres que creen estar en lo justo”.

Desconociendo cómo funcionaba la editorial estatal o no queriendo conocerla,

---

<sup>40</sup> *La Tercera de la hora*, “Interpretación de la historia de Chile provoca ácida polémica”, Santiago, 19 de julio de 1973, p. 12.

<sup>41</sup> En el pie de imprenta de *Capítulos de la historia de Chile*, como ya se dijo, se señalaba que fueron 10 mil ejemplares.

la histeria anticomunista de la época buscaba responsabilizar directamente a Gutiérrez, dejando ver la patriotería propia de estos dilemas. A propósito, el derechista *Diario Austral* en un artículo titulado “Los excesos de Quimantú”, del 20 de agosto, enfatizaba que era un “escritor costarricense, avecindado en Chile hace tiempo, militante fiel del Partido Comunista, y personero intelectual al servicio de las posiciones internas y externas de la Unión Soviética”.<sup>42</sup>

Para este diario, Gutiérrez, con todas las declaraciones públicas que había dado estaba buscando desligarse de la publicación del libro, cuando él, como director de la editorial era el único responsable. Así, se invocaba que no podía “él alegar su independencia respecto del contenido de las obras que publica, por cuanto corresponde al ejercicio de su función la tarea de seleccionar los trabajos y, por tanto, evitar sea editada una obra que el propio Ministerio de Defensa debe denunciar por antipatriota.” *El Diario Austral* consideraba incluso que el anonimato del autor estaba en sintonía con la “mala intención de la Editorial Quimantú”, pues se sabía que el contenido del libro no sería aceptado por el chileno medio. Este diario no buscaba una sanción simbólica, sino legal contra Gutiérrez.

A los tres días de la denuncia del *Diario Austral*, la edición del 23 de agosto de *El Siglo*, un tal R.C.V., salía a defender la política cultural del Partido Comunista frente a los ataques y de pasada aclarar su posición frente al libro de Ranquil, “libro que presta servicio a la reacción”, se afirmaba en el título de la crónica.<sup>43</sup> R.C.V. consideraba que la publicación, finalmente, había sido un error de la editorial, esto, porque el libro iba en contra de un criterio de los comunistas, a saber, que se denigren “a figuras que representan un aporte fundamental al desarrollo progresista del país en el curso de la historia de Chile.” Pero incluso por ello, continuaba, era grotesco que muchas de las afirmaciones que se hicieran en el libro fueran endosadas a la responsabilidad de la editorial, lo que “supondría la existencia de un sectarismo monstruoso y la práctica de una imposible y medieval censura de libros.”

Por otra parte, R.C.V. decía que el libro había provocado “una intensa y

<sup>42</sup> *El Diario Austral*, “Los excesos de Quimantú”, Temuco, 20 de agosto de 1973, p. 3.

<sup>43</sup> R.C.V., “Capítulos de la historia de Chile: un libro que presta servicios a la reacción”, *El Siglo*, Santiago, 23 de agosto de 1973.

sostenida campaña antipopular y de ataques a la labor de la editora nacional”, agregando que la “reacción, la misma que no trepida en tratar de destruir Chile a través del paro sedicioso de los camioneros”, de una “ola de terrorismo”, la misma que actúa bajo el imperialismo, “ha encontrado una ocasión para usar y abusar de los conceptos de Patria, de historia y tradición nacionales, para mentir a boca llena y calumniar al movimiento popular y, en especial, a los comunistas.” Peor aún cuando en los medios que la reacción controlaba, se rotulaba que el autor era comunista, que quien lo autorizó también lo sería, tanto como la editorial que lo publicó, afirmaciones que para el articulista de *El Siglo*, eran “[m]entira sobre mentira”. R.C.V. sostuvo que

La Editorial Quimantú no pertenece al Partido Comunista ni a partido alguno: es una empresa al servicio de la cultura nacional y popular en cuya administración participan todos sus trabajadores. Funcionan diversos organismos colectivos, donde tienen expresión diversas ideologías y corrientes de opinión. Tampoco es una editora de textos marxistas ni posee una orientación doctrinaria sectaria que se expresaría en una censura a los textos publicados. Basta ver la vasta y variada gama de publicaciones que efectúa y la diversidad de autores nacionales y extranjeros editados para comprender la verdad de esta afirmación.

En el diario se aseguraba que la autora no era ni comunista ni relación alguna tenía con este partido y que tampoco mostraba ser marxista. Por el contrario, se decía que por la ligereza con la que trató ciertos temas, por las omisiones en las que cayó, por los juicios simplistas, arrastrada más por la pasión que la exigencia de un método científico, el resultado del libro fue “una obra evidentemente anticomunista, antipopular y claramente perjudicial para la causa de los trabajadores chilenos y su lucha revolucionaria”. Por esa misma razón había sido un claro error de Quimantú haber publicado el libro, ya que además de lo anterior, dañaba “su solvencia como editorial” y entregaba “gratuitamente a la reacción el pretexto para atacar al movimiento popular y al proceso revolucionario”, desatando “una campaña de calumnias contra los partidos populares y contra los intelectuales marxistas en general.”

Si no fue Gutiérrez, entonces, ¿quién promovió aquel libro? Fue tanta “la

alharaca”, como sostuvo el académico y geógrafo Rodrigo Antonioletti en *La Nación* del 2 de septiembre<sup>44</sup>, que la persona decisiva en su publicación también tuvo que tomar cartas en el asunto, lo que ciertamente, no puede comprenderse sin el contexto propio del día y la política interna que existió en la Editorial Quimantú, tal como ya se manifestaba en aquellos tiempos. En la misma prensa de la época, quien había promovido el libro, Alejandro Chelén Rojas, historiador y militante socialista, de tendencia más afín al trotskismo, salió a explicar cómo funcionaba la editorial y, en lo fundamental, a defender dicha decisión. Chelén, el 14 de agosto, en *La Nación*, decía que la División Editorial de Quimantú se componía de dos Departamentos: Uno de Literatura, bajo el control de Gutiérrez, y el de Ediciones Especiales, “que es de mi responsabilidad.” De tal manera que el libro que había originado “las iras de El Mercurio y otros órganos de derecha fue autorizado de acuerdo a nuestras normas internas”, por lo que en consecuencia el libro era, seguía Chelén, “de mi incumbencia”, reafirmando aquella disposición.<sup>45</sup>

Para aseverar el pluralismo de la editorial, tal como ya lo había manifestado Gutiérrez, decía Chelén que, si no se editó una de las biografías de O’Higgins en la serie “Nuestra Historia”, entre esas, una escrita por el propio Jaime Eyzaguirre, historiador hispanista, fue porque los derechos de autor ya estaban sujetos a otra editorial.<sup>46</sup>

<sup>44</sup> Antonioletti R., “Historia se escribe sin hache”, *La Nación*, Santiago, 2 de septiembre de 1973, p. 19, decía que “Tanta alharaca había provocado que hasta algunos ejecutivos de la Editorial Quimantú, como el Sr. Joaquín Gutiérrez, han considerado oportuno poner sus personas a salvaguardia, declarando que no tienen responsabilidad alguna en la referida publicación, esperando tal vez no ser mal vistos ante los ojos airados y naftalinos de los señores burgueses.”

<sup>45</sup> Chelén Rojas, A., “Sobre ‘Capítulos de la historia de Chile’”, *La Nación*, Santiago, 14 de agosto de 1973, p. 24. La revista *Punto Final*, que también cubrió la polémica, señaló que, por su cargo, Chelén era el “responsable de la publicación del libro”, de tal manera que se podía suponer que fue a través del Partido Socialista cómo logró entrar a las prensas de Quimantú. Aquí mismo decía que si los políticos de la derecha, liderados por Humberto Aguirre Dolan, habían levantado toda una campaña en contra del libro, se debía a que les dolía “políticamente que Quimantú le esté entregando al pueblo libros baratos, lo que durante cien años le negó la burguesía”. M.E.S., “Reescribiendo la auténtica historia”, *Punto Final*, N°191, 21 de agosto de 1973, pp. 8-9.

<sup>46</sup> Chelén Rojas, A., “Sobre ‘Capítulos de la historia de Chile’”, *La Nación*, Santiago, 14 de agosto de 1973, p. 24, afirmaba que “Bastó que fuera Quimantú quien editara un libro, discutible, por cierto, para que saltara la ‘jauría de los hombres decentes’, de ‘los buenos chilenos’, de los hombres del fundo y de sus capataces. Jamás hicieron mención de la extraordinaria producción de títulos de la Editorial, de sus diversas Colecciones que está llenando plenamente la cultura que ellos durante un siglo le negaron al pueblo. Lo que duele en el fondo a estas vestales de la pacatería, es que la cultura en general está llegando a los peones del fundo, y cobardes lanzan piedras desde detrás de las pircas confiando en que

La decisión de editar el libro no fue algo que se tomó a la ligera ni sin una discusión previa, como se suponía en los medios opositores que entraron en la polémica. En ese mismo reportaje de *La Nación*, Chelén afirmaba, como se vio en una nota, que el libro era ciertamente discutible, lo que demostraba una aceptación no pasiva frente al libro de Ranquil, pero que por ciertas circunstancias de la época no pudo comunicarse, lo que a continuación trataremos.

El historiador Manuel Fernández Canque nos detalló en una conversación que el manuscrito había llegado a Quimantú con muchos errores de forma y de contenido, seguramente porque la autora Lucy Lortsch no contaba con la formación historiográfica necesaria. Por ese mismo motivo, no logró pasar el filtro al que fue sometido por Fernández, quien a la sazón trabajaba como coeditor de publicaciones de historia de la editorial. Fernández sabía desde el primer momento que el libro no era una obra de carácter historiográfico, sino que un ejercicio interpretativo de la historia, pero muy cargada de moralismos. Sin embargo, Alejandro Chelén ya había dado el visto bueno, por lo que invitó a Fernández a su oficina para expresarle lo siguiente: “Camarada, este libro tiene que ser publicado. Ha sido escrito por alguien que no tiene ninguna formación académica pero que ha vivido en contacto con trabajadores y pobladores pampinos. Quimantú es la editorial para dar una voz a tales autores”, según las palabras de Fernández.

Aunque en principio, a Fernández, según él, le pareció bien, había toda una tarea por delante para corregir los errores del manuscrito, lo que a petición de Chelén, tuvo que hacer el propio Fernández. Así, debió ayudar con las correcciones formales oportunas, detallar las debilidades propias de quien no manejaba el oficio y señalar las fuentes impresas que la autora debía consultar en la Biblioteca Nacional, todo lo cual, para darle más solidez a lo que se aseveraba en el libro. Lortsch, por supuesto, accedió y agradeció la ayuda del joven historiador. No todo había terminado allí, pues Chelén, una vez corregido el futuro libro, le solicitó un apoyo más a Fernández lo que, finalmente, se tradujo en la redacción de la Introducción del *Capítulo de la historia de*

---

los militares pisarán el palito de su provocación menguada. Creer que los hombres de armas de este país comulgan con las ruedas de carreta de estos perfumados ‘historiadores’ es una ofensa a la inteligencia no sólo de los soldados sino al pueblo de Chile.”

*Chile*, por lo que él también se convirtió en blanco de la furia de la época.

Si hemos destacado lo anterior, suponiendo que la memoria no ha traicionado ese episodio, es para señalar que mucho de lo que aconteció con seguridad se ha perdido con el tiempo y que en ese mismo periodo pocas personas seguramente habrán contado con este tipo de antecedentes. Nada hubiese importado, en todo caso, para muchos de los polemistas, pero resulta que la cuestión, se deduce del testimonio de Manuel Fernández, fue mucho más compleja. Los editores tuvieron que enfrentar un tipo de dilema nuevo, sin que el lector supiera el detalle, por supuesto, en cuanto a que la acción de editar la obra de Lucy Lortsch, debía ser concordante con la política cultural del gobierno (incluso por las discrepancias editoriales de socialistas y comunistas), que esperaba representar a ese pueblo postergado, sobre todo, si el libro era producto de quien se había relacionado con este directamente.

## 5. Los historiadores profesionales entran al ruedo

Gran cobertura tuvo la polémica en la prensa, como hemos visto. A esta, desde luego, no faltaron los historiadores profesionales de distintas veredas ideológicas. Al parecer fue la revista *Qué Pasa* la primera en levantar una crítica contra el libro de Ranquil. Si bien el artículo de la edición del 5 de julio no llevaba firma, representaba la mirada del grupo de intelectuales que estaba detrás del semanario, quienes reconocían que operaban en bloque.<sup>47</sup> Por esa razón se ha destacado aquí aquel reportaje, pues el director de *Qué Pasa* era el historiador Gonzalo Vial Correa, y el comité editorial del mismo, estaba compuesto por Fernando Silva Vargas, Cristián Zegers, entre otros, quienes se veían a sí mismos como historiadores, lo que acá, ciertamente, no se cuestiona. A este grupo, si consideramos a Javier González Echenique como parte de aquel, como ya se vio más arriba en una nota, poco le incumbía quién era el autor o autora del libro, sino más bien el contenido y cómo había sido su elaboración y a qué respondía.

Quien haya estado al tanto de la composición ideológica de *Qué Pasa*, por lo

---

<sup>47</sup> *Qué Pasa*, “La historia de Chile como novela del oeste”, N°116, 5 de julio de 1973, pp. 26-27.

menos, de sus historiadores, advertirá que la crítica que se le hizo al libro fue la que, del mismo modo, se destinó a las investigaciones de los historiadores marxistas a través de *Historia*, revista que fundaron junto a Jaime Eyzaguirre en 1961.

De *Capítulos de la historia de Chile* se afirmó que era una investigación ligera y superficial y utilizada no más que para la propaganda, que no era una historia seria, sino que con suerte un panfleto político, por lo que le restaban todo valor científico. Para este sector, daba lo mismo quién estaba detrás del libro, pues, afirmaban, “podría ser una socióloga de apellido extranjero, una profesora de historia, una alumna de biblioteconomía o de ingeniería”. Solo bastaba “con tener cierta destreza para escribir y algún conocimiento de los ‘clásicos del marxismo’” para “coser y cantar”, enfatizando en lo artificioso que era el libro en tanto se hacía calzar la historia en un molde ya preconcebido. *Qué Pasa*, afirmaba:

A veces, para que conserve su carácter “científico”, se le cuelgan al pie de la página algunas notas que hacen referencia a la historia “oficial” ... Son los problemas de una tan magra historiografía marxista que aún, como lo anota ingenuamente el prologuista Manuel Fernández Canque, no tiene claro el “carácter de la formación social existente en Chile” ni tampoco, “el desarrollo del o de los modos de producción dominantes en la historia de Chile”. En consecuencia, lo que el lector encontrará será una larga cadena de consignas y un desesperado intento por reeditar la “leyenda negra”, base necesaria para plantear esta nueva cara de la historia.

Apenas había pasado un poco más de una semana cuando el día 16 de julio, otro historiador cercano al grupo *Qué Pasa*, Javier González Echenique, le propinó una nueva crítica al libro de Ranquil. Ocupando las páginas de *El Mercurio*, esta vez, se dirigió exclusivamente contra Manuel Fernández, afirmando que centrarse en el prólogo que escribió era mucho más interesante que el libro mismo, pues en aquel residía “la clave de todo”, que es lo mismo, “en la ideología materialista-histórica que inspiran al prologuista y al anónimo autor”.<sup>48</sup> Las palabras de González no fueron

---

<sup>48</sup> González Echenique, J., “Sobre una introducción a unos ‘Capítulos de la historia de Chile’”, *El Mercurio*, Santiago, 16 de julio de 1973, p. 18. González por esas fechas era integrante de la revista *Portada*, fundada prácticamente por el mismo grupo que organizó la revista *Qué Pasa*, ambas, por esas fechas, dirigidas por Gonzalo Vial Correa.

muy distintas de las que venía destilando hace años cuando salió a criticar a los historiadores marxistas, ni tampoco, de las que se manifestaron en *Qué Pasa*.<sup>49</sup> Insistía que aquel método empleado era de una “rigidez dogmática”, en el cual se hacía entrar “todo hecho histórico, toda actuación humana, todo fenómeno social”, coartando la libertad necesaria de toda investigación.

Pero también le criticaba a Fernández que supusiera que había un esfuerzo concertado por “la burguesía” para esconder la historia real, cuando varios historiadores, ya clásicos, habían criticado a personajes e incluso a periodos enteros de la historia, y en no pocas ocasiones. “Cuando una regla tiene tantas excepciones [decía González], existe el justo derecho de dudar de su validez.” Además, se preguntaba qué ocurriría con la nueva historia verdadera si era producto de una visión clasista cuando el propio Fernández había sostenido que la vieja historia era mala por ser de esa misma índole. Peor aún, proseguía, cuando la mayor parte de las citas empleadas en el libro fueron extraídas de esos historiadores que no eran marxistas. González expresaba que el “dilema que esto plantea parece claro: o lo escrito antes de esta nueva era de la historiografía tiene algún valor, o las afirmaciones del prólogo respecto a su inutilidad no son verdaderas. ¿A cuál de estos términos hay que quedarse?”<sup>50</sup>

Estas eran algunas de las cuestiones que se preguntaba el director del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile, para rechazar el método que un grupo de historiadores estaba ocupando, cuyo resultado, entre otros, fue un libro como *Capítulos de la historia de Chile* que con “justicia ha merecido críticas” por los graves errores que contenía, afirmaba González.<sup>51</sup>

Como era de esperarse, la Academia Chilena de la Historia, de la que eran miembros Javier González, Gonzalo Vial, Fernando Silva, también salió a criticar el libro de Ranquil, esto, se aseguraba en una declaración, porque atentaba

<sup>49</sup> Para más detalles de una práctica constante a lo largo de varios años contra la historiografía marxista por parte de este grupo, ver González Inostroza (2022).

<sup>50</sup> En este mismo reportaje se sumó la declaración de los centros de estudiantes de pedagogía y licenciatura en historia de la Universidad Católica, ya vista más arriba.

<sup>51</sup> En otro medio, como en *Ercilla*, González decía que encontraba a la autora floja en historia, puesto que la construcción que hizo fue a partir de citas de otros autores, sin haber recurrido a la fuente misma. Ver Carvallo, M., “La historia ahistórica”, *Ercilla*, N°1984, 1973, p. 34.

contra el glorioso pasado nacional y las tradiciones democráticas del país que nos sustentan, en aras de una interpretación anárquica de un ingenuo e interesado “presentismo” historiográfico que, al proyectar el presente hacia el pasado, reduce intencionalmente el rico contenido de la historia de Chile a una serie de episodios de dudoso contenido moral.<sup>52</sup>

Para la Academia, cuyo presidente era Eugenio Pereira Salas, el libro era un “mezquino comentario de algunas de sus instituciones y de algunos de sus grandes hombres, vistos a la luz de los más deleznable intereses.” Pero también para “servir de ariete demoleedor de una política revolucionaria y dogmática.”

Todos los juicios del sector crítico de la obra, proveniente en su mayoría de la elite chilena, concebían al libro de Ranquil como un ensayo de carácter historiográfico, sobre todo, si en la introducción se afirmaba una intención parecida, pero no absoluta, como ya se observó en líneas anteriores. Pereira decía que no negaba las “interpretaciones varias en la ciencia historiográfica, pero todas ellas deben, sin embargo, basarse en una sólida investigación, en un criterio sano, libre e independiente...”<sup>53</sup>

La propia autora, frente a la seguidilla de interpelaciones y críticas, también entró al ruedo por esos días de tensión, ocupando otro seudónimo, el de Ana Simpson, en esta ocasión, a través del *Clarín*, diario proclive a la Unidad Popular. Entre las palabras que se reprodujeron de Ranquil en un pequeño artículo a propósito de los juicios de que fue objeto por ciertos sectores, manifestaba: “Es que esos críticos sólo alaban a los escritores e historiadores que escriben para la burguesía, en un lenguaje incomprensible para las grandes masas, en un tono burgués, en ediciones caras, lujosas y de muchas páginas. Pero que no cumplen con la misión de ofrecer una síntesis de la verdadera historia de Chile”<sup>54</sup>

Ana Simpson exponía que ella, en cambio, había escrito “la verdad, en una

<sup>52</sup> *La Prensa*, “Academia de la Historia protesta por ultraje UP a héroes de la historia”, Santiago, 9 de agosto de 1973, pp. 1 y 5.

<sup>53</sup> *La Prensa*, “Academia de la Historia protesta por ultraje UP a héroes de la historia”, Santiago, 9 de agosto de 1973, pp. 1 y 5.

<sup>54</sup> *Clarín*, “Escritora responde a críticos de ‘El perjurio’”, Santiago, 5 de agosto de 1973, p. 19.

edición al alcance de todos los bolsillos y a la comprensión de todos los lectores” y que si los “seudocríticos de ‘El Mercurio’” se ofendieron y la atacaron era porque esas verdades amenazaban “los intereses de la burguesía criolla.” Cerraba diciendo que tenía la “completa certeza de que sus críticas, aunque nefandas para mí pueden interpretarse como ‘Deja que los perros ladren’”.

No pasó más de una semana cuando en la versión dominical de *La Nación*, el 12 de agosto, se publicó una “aclaración” de Ranquil mucho más detallada que la proporcionada a *Clarín*, reafirmando lo sostenido en aquel diario.<sup>55</sup> Era, al parecer, la primera vez que entregaba su versión de los hechos sin que hubiese intermediario alguno, salvo las páginas en blanco del diario gobiernista. El objetivo, naturalmente, era encarar las arremetidas que había recibido *Capítulos de la historia de Chile*. En primera instancia, sostenía que su libro proponía una lectura que partía del análisis de la realidad económica y la lucha de clases. Ello explicaba que por más que algunos historiadores “burgueses” hubiesen dicho “verdades más crudas” que las proporcionadas en su libro, al no partir de aquel método, se salvaron de la persecución que estaba padeciendo, pues no amenazaban los intereses de clase de la burguesía con el tipo de escritura que empleaban, más bien, dirigida a un público distinto que al que apuntaba su libro.

Ranquil daba a entender que quería proponer una historia alternativa a la oficial, la que escondía muchos hechos y, por lo mismo, la verdadera historia. Esa historia ocultaba el trasfondo económico y las contradicciones propias de los procesos históricos, entregando una visión sin las “resonancias desagradables y recuerdos pocos halagadores para la clase que siempre ha usufructuado del poder y para sus aliados”, afirmaba. Ranquil dio varios ejemplos históricos para fundamentar lo que estaba proponiendo, pasando por los esclavos en las haciendas donde residió O’Higgins, el proceso de Independencia como lucha de clases, la Guerra del Pacífico como agresión imperialista que utilizó al bajo pueblo solo como carne de cañón, etc. Era, según suponía, un golpe a esas tradiciones meticulosamente elaboradas por la historiografía de los sectores dominantes que colocaba héroes y gestas militares

<sup>55</sup> Ranquil, “Polémica en torno al libro de Quimantú”, *La Nación*, Santiago, 12 de agosto de 1973, p. 10.

donde no los había. Bien decía ella, existían esos archivos que refrendaban lo que decía, pero que el pueblo no podía acceder a ellos. He ahí su misión.

Si Prat, el héroe nacional, no aparecía en su libro, se debía simplemente a que no era un “libro declamatorio”. Pero a sus críticos, exponía, no les importó que en sus propios libros no apareciera cuanto marino raso murió en aquellos combates, tan héroes como Prat. Por lo demás, la historia de Prat ya era bastante conocida, pero no la de esos héroes anónimos que ella rescataba del velo del silencio. “Debido a su educación y a su formación de burgueses [proseguía la autora], estos señores trazan una línea divisoria entre oficialidad y marinería. Además, pretenden monopolizar el heroísmo para su propia clase”.<sup>5 6</sup>

Este fue parte del tono de Ranquil para defenderse de sus contrincantes de clase, faltando poco para que historiadores de profesión salieran en su defensa, lo que no había sucedido hasta ese momento. En efecto, ya a fines de agosto, vale decir, a días de producirse el golpe de Estado (apoyado y promovido, por supuesto, por gran parte de los críticos de Ranquil y de la UP, como lo fue *El Mercurio*, *Qué Pasa* y González Echenique), dos historiadores extranjeros se sumaron a la polémica, Paul Drake, Profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Illinois, y Peter Winn, Profesor de Historia de América Latina de la Universidad de Princeton. A través de una carta publicada por el diario *El Mercurio*, el martes 28 de agosto, expresaron que, si bien reconocían “ataques justos contra las interpretaciones discutibles de este libro polémico”, también habían “visto ataques en contra de la legitimidad de su

---

<sup>5 6</sup> A los dos días de las palabras de Ranquil en Alejandro Chelén Rojas, “Sobre ‘Capítulos de la historia de Chile’”, *La Nación*, Santiago, 14 de agosto de 1973, p. 24, salió en su defensa. Por lo que respecta al trabajo de carácter historiográfico, reconoció que la autora del libro en gran medida no hacía otra cosa que “copilar conceptos emitidos por historiadores muy respetados de la propia burguesía y de las nuevas promociones que se preocupan con espíritu científicamente innovador de estos temas”, haciendo ver que no era pura imaginación lo que se decía en el libro. En ninguna parte se refirió a ella como historiadora, lo que él bien sabía que no era, por lo menos hasta esos momentos, pero defendía la libertad de interpretar la historia de una forma distinta. Por esa misma razón, cuestionaba que los críticos se comportaran como si Chile fuera el fundo de ellos, haciendo callar a un habitante de este cuando cuestionaba la historia nacional que habían elaborado, de la cual sus mitos eran indiscutibles. Decía así: “cuando un habitante del fundo tiene la osadía de intentar una interpretación distinta de la oficial se convierte para estos patrones consuetudinarios en un antipatriota que sólo desea entregar el país al comunismo internacional y otras patrañas.” Esos días para Chelén eran afortunados, ya que el cambio del tiempo había tributado con una nueva generación que estaba “ofreciendo una imagen correcta, dialécticamente analizada, del verdadero desarrollo histórico de nuestra patria”.

publicación”.<sup>57</sup>

Este era el punto más importante por el cual ambos historiadores decidieron inmiscuirse en la discusión, puesto que no tenían un interés por la “calidad o el patriotismo del libro”, sino, si era conveniente censurarlo, tal como se intentó, cuestión ya vista a lo largo de estas páginas. Con la propiedad de historiadores profesionales, afirmaban que tenían “fe en el intercambio libre de ideas como la única manera de comprender la historia.” Si ello no se hacía significaría un retroceso. Prohibirlo era “condenar el estudio de la historia en Chile a un subdesarrollo. Cada generación tiene que reinterpretar su pasado con perspectivas distintas, aunque estas interpretaciones nuevas pueden ser aceptadas o no. Esta lucha de interpretaciones es la esencia de la historia.” Para Drake y Winn, la tarea de los historiadores no era la de censurar los libros, sino proponer una interpretación opuesta a la que se quería confrontar y no hacer uso de la represión. Agregaban que “solamente en países totalitarios, con una actividad intelectual muy restringida y subdesarrollada, existe una interpretación única, sagrada, intocable y oficial de la historia nacional”.<sup>58</sup>

102

---

<sup>57</sup> Drake P. y P. Winn, “Historiadores revisionistas”, *El Mercurio*, Santiago, 28 de agosto de 1973, p. 2. Paul Drake, en 1971, había defendido su tesis de doctorado, *Socialism and populism in Chile: the origins of the leftward movement of the chilean electorate, 1931-1933*, por lo que conocía bastante la historia reciente del país. Si estaba en Chile por esas fechas es algo que no podemos constatar. En cambio, de Peter Winn contamos con más información sobre aquellos días, proporcionada por él mismo. En esas fechas había visitado Chile, llamándole profundamente la atención la toma de industrias por parte de los trabajadores, decidiéndose a emprender la investigación que desembocará en el libro *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, de 1986, publicado posteriormente en español por Lom ediciones, en el año 2004. A la luz actual, no es raro que Winn haya salido en defensa de Ranquil, de seguro, porque la inscribía en aquel agente de la “revolución desde abajo”, que es lo que destacó en su libro en oposición a la “revolución desde arriba.” Winn decía que, si esa era la revolución proletaria, entonces debía hacer la historia de los trabajadores que eran sus protagonistas, desde abajo y no desde el palacio presidencial. Era consecuente, entonces, con defender la libertad de Ranquil de escribir su propia historia. Por otra parte, mucho menos esperanzador que lo anterior, evidentemente, Winn relató que luego del golpe de Estado, por una denuncia anónima, fue detenido, conminándolo el “comandante” que lo detuvo por tres días, a salir rápidamente del país, suspendiendo la recogida de información que consideraba pertinente. Winn (2004: 13-16).

<sup>58</sup> A los días siguientes de la carta de Drake y Winn, un articulista de iniciales E.C.F., “Diatriba contra Chile e historiadores revisionistas”, *La Prensa*, Santiago, 01 de septiembre de 1973, p.3., ‘enfaticaba que hasta ese momento solo los marxistas habían defendido la “diatriba” contra Chile’, sumándose ahora, dos historiadores, quienes hacían gala de sus grados académicos para aquel apoyo. El lector rechazaba que el libro fuese parte de un ejercicio revisionista, como habían afirmado ambos historiadores en la carta ya vista, pues nada de la historia nacional que el libro trataba estaba a salvo de la diatriba de Lucy Lortsch y del prologuista. Con una serie de citas que se extrajeron del libro, el autor del artículo le enrostraba a Drake y Winn que, finalmente, el libro era “una ignominiosa falsía histórica, propia del marxismo-leninismo, del prologuista, de la autora y de los editores.” Estos historiadores extranjeros también fueron interpelados por esos días previos al golpe por altos mandos en retiro de la marina.

En esta polémica también se sumó el Departamento de Historia Económica y Social de América Latina del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile, conformado por Armando de Ramón, el ya conocido Manuel Fernández Canque, Carmen Castillo, Carlos Sempat Assadourian, Gabriel Salazar, Fernando Casanueva Valencia, entre otros. En *La Nación* del domingo 2 de septiembre, se insertó una Declaración Pública que iba con fecha del 30 de agosto, expresando que era unánime lo que en ella se decía, puesto que la campaña de un sector político contra *Capítulos de la historia de Chile*, se hacía solo como un pretexto con otro tipo de intenciones.<sup>59</sup> Así, tres puntos fueron los que destacaron que, a modo de síntesis, entregamos acá: Primero, rechazaban las intenciones que se habían concertado, desde *El Mercurio*, por ejemplo, para oponerse a la producción historiográfica alternativa que pudiese surgir en ciertas unidades académicas. Segundo, estimaban que debían renovarse los modos de investigación para acceder a un conocimiento que los métodos tradicionales no podían hacer. Y, por último, que debían evitarse las discusiones sobre las investigaciones históricas recurriendo a las consignas y los calificativos políticos.

103

Si bien en aquella declaración existían puntos en común con la carta de Drake y Winn, lo singular era que desde este Departamento se emplazaba a toda “la comunidad del Instituto de Historia de la Universidad Católica a discutir públicamente el sentido y la validez que hoy día puede tener el estudio de la historia con respecto a su forma y contenido como también a las relaciones que existen entre las clases sociales y sus respectivos intereses en el campo de la creación intelectual”.

Como puede advertirse, este llamado, no solo demostraba que se había dislocado la unidad ideológica que había mantenido aquel instituto y el tipo de historia que cultivaba dicha universidad, refugio de los historiadores más bien de tendencia conservadora, sino que revelaba que a esa altura de la lucha política nacional, existían fuertes oposiciones internas, como ya se ilustró con las recurrentes intervenciones que hizo Javier González Echenique, *Qué Pasa*, y el centro de estudiantes, sobre todo

---

Costa Francke, J. y H. Vaccaro Cuevas, “Revisionistas de la historia”, *El Mercurio*, Santiago, 1 de septiembre de 1973, p. 2.

<sup>59</sup> Departamento de Historia Económica y Social de la Universidad Católica, “Declaración del Departamento de Historia Económica y Social de la Universidad Católica”, *La Nación*, Santiago, 2 de septiembre de 1973, p. 19.

porque la Introducción del libro la había redactado un ayudante del Departamento de Historia Económica y Social, que tanta tirria le había provocado a González Echenique, Director del Departamento de América y Chile del mismo Instituto.<sup>60</sup>

Pero no solo aquel Departamento en su unidad salió a defender el libro, sino también uno de sus integrantes más importantes, Armando de Ramón. Esto, como se puede ver, venía a ser un respaldo que quebraba, como ya lo hizo el Departamento, con la tendencia dominante, al interior de la Academia Chilena de la Historia (aunque haya sido el único), pues De Ramón firmó la carta como miembro de número que era de esta, mas no como parte de aquel. Digamos que Armando de Ramón había impulsado la creación del Departamento de Historia Económica y Social y, si bien en su momento fue discípulo de Eyzaguirre, por esas fechas ya se había distanciado de los temas y enfoques preferidos por el grupo que se había conformado hace varios años. E incluso políticamente, se había allegado más a la izquierda.

Así, un domingo 2 de septiembre en el diario *La Nación*, cerca de que se cumplieran tres años del triunfo de la Unidad Popular, con un país altamente polarizado y con una economía en crisis, Armando de Ramón expresaba su sentir acerca del libro en una carta dirigida a la “compañera” autora del libro.<sup>61</sup> Entre otras cosas, destacó la polémica que generó, pues afirmaba que había “conseguido lo que la mayoría de nuestros historiadores no había logrado”, esto es, haber “producido un

<sup>60</sup> Ricardo Krebs (et. al, 1994: 1080), muy posteriormente, sostuvo que, al interior del Instituto de Historia, se replicó la polarización política e ideológica que se estaba viviendo en el país, acentuándose con la llegada de la Unidad Popular. Así, si bien hubo profesores que mantuvieron una actitud tradicionalista, hubo otros que “se identificaron con la política de cambios propiciada por la Democracia Cristiana y por el gobierno del Presidente Allende. Los más avanzados entre ellos adhirieron al marxismo y señalaron que el materialismo dialéctico constituía la única teoría científica que era capaz de explicar la realidad histórica y que era, a la vez y ante todo, un instrumento para cambiar la historia.” Por su parte De Baets (2002: 94) sostuvo lo siguiente a propósito del destino de los profesores de aquel departamento, luego del golpe de Estado, sin especificar los nombres, pero de seguro, entre esos, estaban algunos de los nombrados más arriba: “Five research professors and all personnel at the economic and social history department of the Catholic University of Chile, Santiago, were dismissed. Not all professor were dismissed outright, some being transferred to other departments, but the newly appointed department heads refused to accept the reassigned professors, who thus had to leave.” [“Fueron despedidos cinco profesores investigadores y todo el personal de la cátedra de historia económica y social de la Universidad Católica de Chile, sede Santiago. No todos los profesores fueron despedidos por completo, algunos fueron transferidos a otros departamentos, pero los jefes de departamento recién nombrados se negaron a aceptar a los profesores reasignados, quienes por lo tanto tuvieron que irse.] Traducción propia.

<sup>61</sup> De Ramón, A., “Académico de la historia opina sobre el libro de Ranquil”, *La Nación*, Santiago, 02 de septiembre de 1973, p. 18.

debate público resonante y prolongado que se lo hubiera querido el más encumbrado de nuestros escritores.” Pero lo más importante, era que aun cuando la autora no contaba con defensores de la prosapia de sus críticos, tenía un pueblo entero acompañándola, pueblo del cual ella formaba parte; cuestión no menos importante, porque la elaboración del libro había sido producto del interés, inquietudes y discusión que mostraron los obreros y campesinos en permanente contacto con la autora, decía el historiador. Ese pueblo ahora podía leer aquella historia que le había sido negada, donde no había rastro alguno de él, pero que con *Capítulos de la historia de Chile*, aparecía en momentos en que la clase obrera estaba organizada, consciente de su existencia y del rol que le tocaba jugar, hechos suficientes para haberse impulsado “las insólitas y desproporcionadas sanciones que ha exigido te sean aplicadas”, enfatizaba de Ramón. El historiador de la Universidad Católica decía que

esa misma clase [popular] ha tomado también interés real por conocer su Historia, su verdadera Historia. Si antes ella le fue ajena, ya no lo es. Esa clase obrera desea saber cual [sic] fue su papel en los tiempos pretéritos, como [sic] se usó y se abusó de ellos, como [sic] sin su concurso no habría habido Historia de Chile, porque el propio Chile, sin él, no habría podido existir ni hacer, criarse, desarrollarse y tomar fisonomía.

105

De Ramón destacaba que alguien como Ranquil haya venido a abordar temas que no habían sido tratados por la historiografía tradicional y más aun si esta nueva interpretación provenía de la pluma de un sujeto que pertenecía a aquel sector que se estaba historiando a sí mismo. No es que Armando de Ramón haya compartido todo lo que se exponía en el libro, lo que él mismo reconocía, sino que lo movía un imperativo distinto a la defensa acrítica del libro. Sabía que no era un libro destinado a la lectura erudita o a ser discutido entre especialistas, sino que “fue concebido para que tuviese efectos en una esfera distinta y para que actuase donde la inquietud es diferente, la motivación opuesta y el requerimiento nuevo”.

De tal manera que el libro venía a proponer un proyecto para ser discutido, pero ahora, por los nuevos sectores que reconocían en él su propia historia, decía De Ramón. El cultivo de esta, dejaba de ser monopolio de una elite, exigiendo de los historiadores e intelectuales un trabajo dialéctico entre estos sujetos y su propia labor.

“Si esta difícil meta se lograra [insistía De Ramón], el trabajo debería regresar al intelectual, pero ahora enriquecido, remozado, vivo y volvería a ser el turno del estudioso, en un movimiento dialéctico lleno de armonía y vitalidad.” De Ramón se despedía de Ranquil demostrando que la autora no estaba sola, a pesar del enconado odio que le dispensaba cierto sector de historiadores, mayoritarios, por supuesto: “Te ruego, estimada compañera, que aceptes mi felicitación, y recibas el aliento de un amigo que comparte tu inquietud y comprende también lo difícil y arriesgado de la empresa en que te encuentras”.

## 6. Consideraciones finales

El ambiente en el que se dio esta polémica no estaba al margen de lo que ocurría en la sociedad chilena toda. No fue expresión de peleas de pequeños grupos de especialistas lejos del mundanal ruido. Por el contrario, se desató en un clima que a esa altura ya mostraba un ambiente bien polarizado. La oposición al libro de Ranquil contaba con una gran maquinaria publicitaria, logrando cruzar longitudinalmente el estrecho país. De suerte que aquel anuncio de un cielo primaveral del día 4 de septiembre de 1970, luego de tres años, mostraba un término de invierno ensombrecido que avisaba una tempestad que barrería con un sector considerable de ese territorio.

Con el entramado de denuncias al libro, los opositores a la Unidad Popular buscaban, a fin de cuentas, deslegitimar la política cultural de la Unidad Popular, la que por supuesto, no fue monolítica como se le acusaba. Al visualizar esas querellas se logró demostrar que existían discrepancias al interior de aquella alianza política, respecto a ciertos tópicos culturales y cómo estos debían ser tratados, descartando la vía al totalitarismo tan manoseada por sectores contrarios al gobierno.

Tampoco, digamos, la promoción del libro escrito por una persona ajena a la academia y sin el conocimiento de la disciplina, fue un ejercicio de mera banalización de la historia, pues no fue parte ni de una política de Estado ni un respaldo ciego a

una forma de interpretarla como si ello fuese el único modo.<sup>62</sup> El libro había generado bastante discusión interna e incluso el rechazo de un sector interno de la Unidad Popular. Si el libro fue aceptado, con todas las deficiencias que pudo haber tenido, se debió a que la política del gobierno y, en este caso, de Quimantú, se colocaba en el orden del pluralismo, generando un espacio de oportunidad para que otros pudieran enunciar cómo veían la historia a la cual ellos y ellas pertenecían.

Tanto en la Introducción redactada por Fernández Canque, como en la defensa de los historiadores, se afirmó que la historia estaba por escribirse y estaba siempre en discusión. La defensa no era del contenido en sí mismo, sino de la libertad de pensamiento y la posibilidad de que otros escribieran la historia, llana a la reinterpretación. Era un reclamo contra la creencia que tenía un sector de escribir la historia como si no hubiese otra alternativa a la versión que ellos defendían. Un reclamo frente a los centinelas que creían tener ese monopolio de decir verdad. Quizá no esté demás citar las palabras del historiador Shlomo Sand (2021: 153), cuando afirmaba que las “capas sociales mudas siempre han participado de manera marginal en el proceso de creación de la memoria; generalmente han sido consumidores pasivos de la ‘industria de la memoria’”, agregando, que de “vez en cuando, su irrupción en la arena pública, y su presión indirecta sobre los aparatos del poder, en momentos de crisis o de cambios radicales, fueron susceptibles, con la ayuda de intelectuales críticos, de crear una atmósfera propicia para la creación de recuerdos colectivos nuevos o diferentes.”

No obstante ello, y a pesar de aquel respaldo intelectual, al día siguiente de las palabras de Armando de Ramón, el lunes 3 de septiembre, en una carta a *El Mercurio*, se aplaudía una misiva enviada días antes al mismo medio por parte de un Capitán del Ejército, llamado Juan Stack, considerándola alentadora para todos los chilenos, en vista de que era “prueba latente que las instituciones fundamentales como nuestras fuerzas armadas son un firme baluarte de la nacionalidad, y en base a ella [afirmaba rotundamente el lector], podemos decir, parodiando al glorioso y legendario

---

<sup>62</sup> Sobre esto es sugerente consultar el libro de Pablo Aravena (2022).

guerrillero de la independencia: Aún Tenemos Patria Ciudadanos”.<sup>63</sup>

A la semana siguiente, el llamado “ciudadano” era escuchado y los institutos armados, con el apoyo de muchos de los civiles que denunciaron el libro y persiguieron a la autora, imponían una dictadura por diecisiete años, restableciendo las tradiciones amenazadas por la Unidad Popular, a punta de pistola, persiguiendo, arrestando, entre otros, a Lucy Lortsch, torturando, exiliando y, cuando no, haciendo desaparecer a varios de quienes habían luchado por interpretar la historia y proponer otra distinta a la cultivada y defendida por los sectores dominantes.<sup>64</sup> La forma respecto a cómo se procedió por esos oscuros años, paradójicamente, venía a otorgarle la razón a Ranquil, pues, la dictadura de Pinochet, junto al silencio de sus historiadores, vino a constituir otro *Capítulo más de la historia de Chile*.

## Bibliografía

Albornoz, C. (2005): “La cultura en la Unidad Popular: Porque esta vez no se trata de cambiar a un presidente”, en J. Pinto, coord.-edit., *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago, Lom ediciones, pp. 147-176.

Anwandter Donoso, C. (2020): “La literatura en Quimantú: una revolución incómoda”, *Estudios filológicos*, 66, pp. 7-24.

Aravena, P. (2022): *La inactualidad de Bolívar. Anacronismo, mito y conciencia histórica*. Santiago, Ril editores.

Bascuñán Correa, P. (2021): “Minilibros de Quimantú: un mundo entre la literatura pulp y el realismo socialista”, *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, 15, pp. 127-163.

Bergot, S. (2004): “Quimantú: editorial del Estado durante la Unidad Popular Chilena”, *Revista Pensamiento Crítico*, 4, pp. 1-25.

---

<sup>63</sup> Ortega V. T., “Carta al director: Capítulos de la historia de Chile”, *El Mercurio*, Santiago, 3 de septiembre de 1973, p. 18.

<sup>64</sup> De Baets (2002: 94) afirmó que Lucy Lortsch fue arrestada en ese mismo año de 1973, por lo que, si fue así, estuvo detenida por lo menos un año en las cárceles del régimen de Pinochet. Para más información, Pequeño et. al., (2019).

Bravo Vargas, V. (2013): “Quimantú: Palabras impresas para la Unidad Popular”, *Istor. Revista de historia internacional*, 54, pp. 47-76.

Darnton, R. (2010): *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*. Buenos Aires, FCE.

De Baets, A. (2002): *Censorship of Historical Thought: A World Guide, 1945-2000*. Westport, Greenwood press.

De Certeau, M. (2006): *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana.

Dooner, P. (1989): *Periodismo y política. La prensa de derecha e izquierda, 1970-1973*. Santiago, Ediciones Andante.

Fernández Canque, M. (1973): “Introducción”, en Ranquil, *Capítulos de la historia de Chile*. Santiago, Quimantú, pp. 7-12.

Guerrero Lira, C. y U. Cárcamo Sirguiado (2013): “Bernardo O’Higgins entre izquierda y derecha. Su figura y legado en Chile”, *Cuadernos de Historia*, 39, pp. 113-146.

Krebs, R., M. A. Muñoz y P. Valdivieso (1994): *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1888-1988*, Tomo II. Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile.

Lortsch, L. (1963): *Dos chilenas en La Habana*. Santiago, ABC plastigraf impresores.

Pequeño Bueno, A., I. Salinas Urrejola y T. Vidaurrazaga Aránguiz (2019): *Camarines de mujeres. Memorias de prisioneras políticas del Estado Nacional*. Santiago, Fundación Instituto de la Mujer-Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

“Programa de la Unidad Popular” (2013): En P. Milos (ed.), *Chile.1970. El país en que triunfa Salvador Allende*. Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Ranquil (1973): *Capítulos de la historia de Chile*. Santiago, Quimantú.

Rojas Lizama, M. A. y J. I. Fernández Pérez (2019): *El golpe al libro y las bibliotecas de la Universidad de Chile. Limpieza y censura en el corazón de la universidad*. Santiago, Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana.

Sand, S. (2021): *Crepúsculo de la historia*. Buenos Aires, El cuenco de plata.

Santa Cruz, E. (2015): *Prensa y sociedad en Chile, siglo XX*. Santiago, Editorial

Universitaria.

Winn, P. (2004): *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*. Santiago, Lom ediciones.

Fecha de recepción: 17 de enero de 2023

Fecha de aceptación: 1 de abril de 2023